

conferenciar con él los miembros de la comisión de presupuestos.

El señor ministro les dió las últimas instrucciones, reformó algunas partidas, introdujo otras, y, cuando ya estuvo listo y en sazón aquella especie de pastel parlamentario, comenzó el secretario á dar lectura al ramo que esa tarde debía votarse. Leyó con extraordinaria rapidez y con increíble oscuridad; apenas se oían las palabras: «tres mil pesos,» «dos mil pesos,» «seiscientos pesos;» aquello parecía un sorteo de lotería, un remate, ó la insulsa charla de un loro que no supiera decir más que «pesos.»

Sin duda por eso no se preocupaban los diputados por lo que leyéndose estaba. Cuando concluyó la lectura pronunció el secretario la frase de cajón:

—Está á discusión el ramo. Y como nadie tuvo humor de decir oste ni moste, agregó el secretario:

—No hay quien pida la palabra, se procede á recoger la votación.

Y comenzó á pronunciar, con la entonación más fuerte que su registro vocal tenía, el nombre de cada uno de los diputados presentes, dirigiendo el rostro al nombrado. Estos no dieron muestras de hacerse cargo de que se les pedía su voto, siguieron sin interrumpirlas sus anteriores conversaciones, los más atentos se contentaron con hacer una leve inclinación de cabeza. Cuando el secretario acabó de nombrar á todos los presentes, pronunció estas palabras también de estampilla:

—Aprobado por unanimidad de ciento treinta y siete votos.

Después de lo cual sonó la campanilla, oyéndose entre sus repiques la voz del presidente que decía:—«Se levanta la sesión.»—Eran las cuatro y cuarenta minutos de la tarde, aquella sesión laboriosísima había durado veinte minutos; los padres de la patria, alegres y con la satisfacción de los que acaban de desempeñar altísima labor, tomaron sombreros y bastones, y formando animados corrillos, salieron á divagar el ánimo abrumado con las cuestiones del Estado, contemplando los vistosos escaparates, las ricas joyas y las guapas chicas, que á esa hora se ven en las calles de Plateros y San Francisco.

Mientras el secretario leía aquella larga lista de empleos y sueldos, el General López dejó su sillón, fué á saludar al señor Ministro, se sentó á su lado, le ofreció un puro, se puso á charlar con él; y de aquella charla resultó, que *La Bandera del Progreso*, contando con una subvencioncilla regular, se publicaría muy pronto, y aumentaría con uno más el número de los periódicos ministeriales.

## CAPÍTULO IX

### Redacción y redactores

No era de pigmeo el paso que, en la florida senda de la prosperidad, daba el General López al fundar *La Bandera del Progreso*. Engrandecía el círculo de su acción, aumentaba su importancia, multiplicaba sus relaciones y

redondeaba sus negocios; y aun considerado como simple negocio no era el nuevo periódico de los más magros, pues; además de la subvención ministerial con que ya contaba, tenía la de varios Estados y una lista crecida de suscriptores, reclutados entre los amigos y conocidos del influyente general.

Como éste sabía hacer las cosas, después de conseguir que su nuevo periódico prometiera mucho, quiso que le costara poco, y lo consiguió también. Lo más barato fué el cuerpo de redacción, pues, dicho se está, que el señor General, aunque se daba el pomposo nombre de director del periódico, no había de meterse á redactarle; para eso hay tantos muchachos de talento, sin recursos y ansiosos de darse á conocer, á los que con una gratificación cualquiera, se les haría llenar, no sólo un periódico, sino cuatro á ser preciso.

Encontróse el General con tres de estos muchachos que le vinieron como de molde, y formaron el cuerpo de redacción. Fué uno de ellos nuestro conocido el Chango, á quien se le encargó la parte política; el otro fué Pacotillas, que también nos es muy conocido, y que tomó á su cargo la parte literaria; y el tercero un estudiante destripado, llamado Pedro Torres, al cual se encomendó la gacetilla, el reportazgo y el chisme. Los huecos que pudiera haber en la redacción se llenarían de sobra con los colaboradores gratuitos, tales como los muchos poetas inéditos, que son capaces de pagar porque les publiquen los suspiros rimados que dirigen á sus novias.

El señor General López lució una vez más sus dotes prácticas, reclutando y acomodando tan bien á su gente.

Nuestro amigo el Chango tenía para la política grandes aptitudes ingénitas, escribir en estilo periodístico le era tan natural como charlar en un corrillo de amigos. El Chango era capaz de escribir un editorial sobre el vuelo de una mosca, y tenía una provisión inagotable de frases bombásticas y giros editorialescos que lucirían como perlas en cualquier boletín. Como el pobre muchacho, á fuer de estudiante *pur sang*, estaba muy escaso de fondos, vió el cielo abierto en la propuesta del General, que le ofreció ocho pesos semanarios en cambio de un artículo diario de dos columnas, poco más ó menos.

Conocemos mucho á Pacotillas para saber que no era propio para el periodismo militante; su naturaleza contemplativa, perezosa é indolente, su carácter franco y apasionado, que hubiesen hecho de él un mal boletínista de periódico ministerial, le venían muy bien para la misión puramente literaria que se le encomendaba.

Pedro Torres era un muchacho como de veinticuatro años, trigueño, vivaracho, dicharachero, platicador y andariego como pocos; siempre andaba á caza de noticias, seguía sin extraviarse la huella de los sucesos, cuando no los había los inventaba, y tenía una gracia especialísima para referir, en pocas líneas y de un modo llamativo, algún acontecimiento notable. Era del Estado de Guerrero, sus padres le mandaron á México á hacer carrera, pero los estudios serios no cuajaron en su mollera, y aburrido de que cada año lo reprobaran en los exámenes, se divorció definitivamente de los libros y adoptó la profesión de reporter y gacetillero; también para él

fué lotería que el General le ofreciese tres duros semanarios por chismorrear en la gacetilla del futuro periódico.

Como se ve, no era el sueldo de los redactores lo que haría fracasar la empresa, tanto más, cuanto que, el General, poco amigo de aventurar fondos, se daría maña para contentar á los muchachos cuando la caja estuviera exhausta. Una promesa lisonjera, una palmada cariñosa, una protesta de amistad, y en caso extremo una copa liberalmente ofrecida, ó un puro, bastarían para que aquellos muchachos esperasen sus semanarios hasta las calendas griegas.

La adquisición de imprenta y demás útiles necesarios para instalar la publicación, hizo honor también á la habilidad del General. Un amigo suyo, propietario de un periódico con la respectiva imprenta, había muerto hacía dos meses, dejando muy comprometido el negocio del periódico; pues se debían varias mensualidades de renta, y no poco por papel y sueldo de impresores.

A la viuda le pareció que se hundía el mundo, cuando los acreedores á una empezaron á cobrarle, y á amenazarla con dar otros pasos. El General, que tomó cuidadosamente el pulso á aquella situación, comprendió que allí había modo de aparecer como salvador de la viuda, y de quedarse á poca costa con aquella imprenta, que varias veces había codiciado.

Convenció sin dificultad á la inocente señora que la imprenta valía muy poco, que el propietario del local embargaría la dicha imprenta, sin que su precio alcanzase, ni aun para pagar las rentas vencidas; que él, es

decir, el General, por prestar un servicio á la viuda de su amigo, se haría cargo del pasivo de la negociación, que daría además á la viuda cincuenta pesos dentro de un plazo de dos meses, y cargaría con el engorro de la imprenta, que Dios sabe en cuantos cuidados le metería.

Así fué cómo pintó el asunto á la viuda, la cual aceptó con entusiasmo, quedándole sinceramente agradecida; mas él echaba sus cuentas de otro modo, que era el verdadero. Aquella imprenta tirada á la calle, valía como quiera mil quinientos pesos; los créditos del difunto apenas llegaban á cuatrocientos cincuenta, que, con los cincuenta que él daba generosamente á la señora, sumaban sólo quinientos; le quedaban, pues, mil de ganancia líquida, y todavía contaba con el recurso de entrar en arreglos con los acreedores, para desembolsar menos aun.

Como cuarto amueblado que cambia simplemente de inquilino, la imprenta del difunto y la redacción de su periódico pasaron á ser propiedad del General López y redacción de su flamante *Bandera*. Todo lo encontró hecho el nuevo propietario; allí había todos los enseres y cada cosa estaba en su sitio, de suerte que el General no tuvo que llevar ni siquiera un banquillo.

En la calle de las Escalerillas, propicia á empresas de este género, quedó instalada la nueva redacción. El local se componía de una pequeña pieza con dos entradas, una á la calle y otra á un zaguán; después de esta pieza, destinada á la administración del periódico, venía una gran bodega ó sala muy larga, dividida en dos partes

desiguales por un enrejado de madera; la parte más amplia contenía la imprenta y la restante se destinó á sala de la redacción.

En el departamento de la imprenta veíanse, á lo largo de las paredes y corriendo por enmedio, angostas mesas que se erguían hasta la altura de los brazos de un hombre y contenían las cajas de las letras; en el fondo estaban las prensas.

En el recinto de los redactores había en el centro una gran mesa cubierta de verde carpeta, sobre la cual se veían, en grato desorden esparcidos, tinteros, periódicos, recortes, blanquísimas cuartillas de papel, cajas de multicoloras obleas y un frasco de goma; en las paredes, colgados de ganchos metálicos, veíanse los periódicos de la capital y muchos de los Estados. También andaba por ahí un manoseado diccionario de la lengua y otro de contemporáneos.

El General vivía á lo solterón, en una habitación del hotel Humboldt. Cuando hubo arreglado todo lo relativo á su nueva empresa, citó á su habitación á sus compañeros de tareas, para conferenciar por última vez sobre la índole del periódico y el espíritu que había de animarle, así como para acordar el modo de celebrar dignamente el fausto acontecimiento de la aparición del nuevo diario.

Daban las seis de la tarde, hora de la cita, y ya se agitaban impacientes en el corredor del primer piso del hotel Humboldt, los tres dignos redactores en espera de su *leader*.

Este cruzó minutos después las puertas del hotel,

holló con graves y majestuosas pisadas el mármoleo pavimento y la lujosa escalera, llegó hasta sus jóvenes amigos, y, tendiéndoles afectuosamente la mano, les dijo:

— Buenas tardes, muchachos, dispéñense si he tardado; tuvimos sesión secreta, y al salir se empeñaron unos amigos en que les acompañara á tomar una cerveza en casa de Möesser; como hace tanto calor.

— No hay cuidado, señor, — contestó el Chango, deshaciéndose en cortesías.

Entretanto, el General había abierto la puerta de su cuarto y ofrecía galantemente el paso. Penetraron á una salita tapizada con una alfombra oscura. En el centro de la pieza había una mesa tortuga con placa de mármol y una lámpara de bronce en medio; en la pared situada á la derecha de la entrada estaba el estrado, en el cual un sofá y dos sillones extendían su cómodo asiento el primero y sus abiertos brazos los últimos.

No consintió la urbanidad al General sentarse en el sofá, por más que sus amigos, entre corteses y turbados, le instaban á ello; antes les cedió ese cómodo y preferente sitio, y él, después de instalarse en uno de los sillones, cruzó una pierna sobre la otra, sacó una petaca henchida de exquisitos puros, y después de ofrecer á los jóvenes, que rehusaron, encendió uno.

Curioso era el contraste que, con los muebles nuevos de la pieza y con el esmerado traje del General, hacían las mal vestidas y peor calzadas personas de los redactores. Era de ver la graciosa figura de Pacotillas, con los pantalones roídos por abajo, los botines cubiertos de

polvo, la corbata mal puesta y el chaleco no bien abrochado; era de ver también el empeño del Chango en disimular las malandanzas de su traje, pues no era tan despreocupado como su compañero.

Pacotillas, con aire distraído y con la mirada vaga, se había sentado en el centro del sofá; el Chango, como el más importante de los tres, se codeaba con el director, pues ocupaba el extremo contiguo al sillón de éste; el gacetillero, como el último de la comparsa, hallábase relegado al otro extremo.

Cuando el General encendió el puro, sacó el Chango una cajetilla de cigarros, ofreció á sus amigos, éstos aceptaron, y el General les presentó galantemente la llama del cerillo; mas el Chango no consintió en manera alguna que aquel eximio personaje se tomase tan grande molestia, y se apresuró á coger el cerillo y á presentarlo á sus compañeros.

La amarillenta llama se engrandeció, como las almas estimuladas por sucesos felices, al contacto de los cigarros de los jóvenes; pero un soplo del Chango contuvo aquellos alardes de grandeza, extinguiéndola, como lo hace con nuestras ilusiones la despiadada realidad. Momentos después, brillaba roja chispa junto á los labios de cada uno, y aquellas bocas exhalaban columnas de humo; densas y azuladas eran las que despedían los labios del General, vagas y como desvanecidas las que salían de los labios de los jóvenes.

Estos estaban satisfechos; hacíales bien la atmósfera de comodidad que los envolvía, infundíales confianza el acomodado personaje de posición sólida que los convidaba á

su cuarto, tratándolos de igual á igual. Aquellos *bohemos* se encontraban á gusto lejos de sus pobres chiribitiles, y se prendaban más de lo justo del aire dulzarrón de su editor, que, ante el alma confiada de los jóvenes, aparecía como un robusto Mecenas. El cuarto, á pesar del sello alquilón, y del mal gusto de sus muebles, antojábaseles mansión lujosa, en que de buena gana vivieran á permitirlo su estrecha suerte.

Una vez instalados, y con el respectivo puro ó cigarro encendidos, el General rompió el silencio, diciendo con su vigoroso acento, y manifestando el mayor regocijo:

—¡Vamos muy bien, amigos míos! Ya está todo arreglado, ya tengo el gusto de participarles que nuestro periódico es un hecho, y que al fin me ha cabido la satisfacción de ofrecer á los talentos de ustedes un medio de darse á conocer, para que algún día la patria les recompense, y los ponga en el lugar que merecen.

—¡Muchas gracias, señor!— contestó el Chango, sonriendo con graciosísima mueca, y, mostrando, al separar los gruesos labios, una dentadura envidiable.

Pacotillas y el gacetillero sólo contestaron con una ligera inclinación de cabeza. El General, satisfecho de su exordio, pues se proponía embaucar á aquellos muchachos incautos lisonjeándolos, prosiguió, después de hacer una pausa, durante la cual le dió al puro cuatro enormes chupadas:

—He resuelto que la misma semana que entra nos pongamos á trabajar, y quiero que el domingo que viene salga el número prospecto. He citado á ustedes para que nos *conciértemos*, para que, como dicen ustedes los hom-

bres de letras, *celebremos* nuestra comunión de ideas á fin de que el periódico camine bien. Yo soy así, como que he sido militar toda mi vida, antes que nada la disciplina y el buen orden; antes de batir al enemigo formar el plan de batalla, hacer un recuento de las provisiones de guerra y de boca, echar un vistazo á los bagajes y asegurar la retirada.

Al llegar aquí se rió como si hubiera dicho un chiste, sus oyentes hicieron un signo de asentimiento y se rieron también, aunque sin saber á punto fijo por qué; tal vez por deferencia al eminente personaje, tal vez porque la risa es el más contagioso de los gestos de la mímica humana.

—Fiel á mi bandera,—agregó el General tan prendado de su simil que quiso desenvolverlo más,—vamos á contar nuestras provisiones; comuníqueme el señor Robles, cómo piensa desempeñar la comisión que en mi periódico le he dado. Lo hará muy bien, pues es de mucho talento.

—No hay tal, señor,—dijo el Changuito, disimulando mal su vanidad satisfecha,—haré lo que pueda; y, contestando á la pregunta que tiene usted á bien hacerme, le diré que me he de esmerar en que el periódico corresponda á su título. No ha de suceder con las publicaciones como con las personas, el nombre es un compromiso para un periódico, es su lema ó el resumen de sus ideas.

—¡Bien dicho!—interrumpió el General.

—¡Ya lo creo!—se permitió agregar el gacetillero,—nada tiene de particular que una gente se llame como no debe; yo he conocido un señor muy honrado de apellido

Ladrón, y una muchacha muy ligera de cascos que se llamaba Prudencia.

—Cierto, cierto,—dijo el General;—figúrense ustedes lo que me sentaría á mí apellidarme Bello,—y terminó con una carcajada tan festiva, que sus oyentes le imitaron de bonísima gana.

—¡Qué General tan ocurrente!—dijo el Changuito;—sin embargo, señor, ese apellido no cuadraría tan mal á usted, pues todos lo encontrarían adecuado á su bello carácter.

—Gracias, mi amigo, pero no me convenzo, pues como la cara es la que se ve, todo el mundo notaría el despropósito. Mas esto no hace al caso, y siga el señor Robles desarrollando su plan de operaciones, como decimos los del machete. La verdad, Roblitos,—añadió palmeándole,—me encanta usted cada vez más, voy á tener un boletínista que ya lo quisiera García Torres, ¡vaya, vale usted más que tres Juvenales!

Cuando Pacotillas, que nada había dicho, advirtió el tiroteo de galanterías que se lanzaban su amigo y el General, murmuró al oído de Torres.

—¡Cómo se quieren esos feos y cómo se parecen!

—Como decía yo,—añadió el inteligente Robles,—se necesita que nuestro periódico sea de veras, y no solamente de nombre una bandera del progreso; creo que debe contribuir á la ilustración de las masas, á fin de que el pueblo, conociendo sus derechos, sepa defenderlos y oponer un dique á los avances de la tiranía. Creo además que nuestro periódico, perteneciendo al partido liberal, debe contribuir al incremento de las libertades públicas